

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia
ISSN 2105-1038

Nº 34-1/2026
Homenaje a René Kaës

**El malestar del mundo moderno, los fundamentos de la vida
psíquica y el marco metapsíquico del sufrimiento contemporáneo¹**
René Kaës

**Malestar del mundo moderno y trastornos psíquicos: un interrogante del
psicoanálisis**

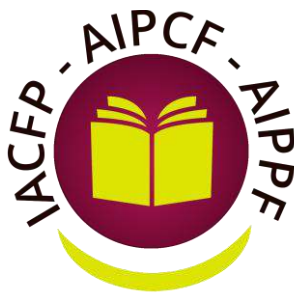
La interrogación sobre el malestar del mundo moderno no es nueva en el Psicoanálisis: lo que cambia son el contexto y los términos de la interrogación. Desde 1908 Freud asocia la génesis de los trastornos neuróticos modernos con la moral sexual civilizada. Propone la siguiente explicación: «la influencia nociva de la civilización se reduce esencialmente a la represión nociva de la vida sexual de los pueblos civilizados por la moral sexual ‘civilizada’ que los domina» (p. 31). Dos ideas importantes aparecen en este texto. La primera será desarrollada a posteriori, de 1927 a 1939: «las fuerzas utilizadas para el trabajo cultural son (...) adquiridas, en gran medida, por la represión de esos elementos de la excitación sexual llamados “perversos”». La segunda idea importante concierne la transmisión de los trastornos psíquicos: la represión sexual en la pareja no deja de tener efectos en la

¹ En: R. Kaës, *Conferencias de Kaës 2007*; presentación Carlos Pachuk, discutidores Graciela Ventrici, Adriana Zadunaisky, Mirta Segoviano, Marina Ravenna de Selvatici, Graciela Kasitzky de Bianchi, Silvia K. de Gomel. Buenos Aires: Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo (AAPPG), 2007.

Conferencia impartida en Buenos Aires el 16 de abril de 2007 en la Asociación Argentina de Psicoterapia Psicoanalítica de Grupo (AAPPG). Agradecemos sinceramente a la AAPPG por habernos dado permiso para publicarla

Traducción: Marina Ravenna Selvatici.

<https://doi.org/10.69093/AIPCF.2025.33.04> This is an open-access article distributed under the terms of the [Creative Commons Attribution License \(CC BY\)](#).

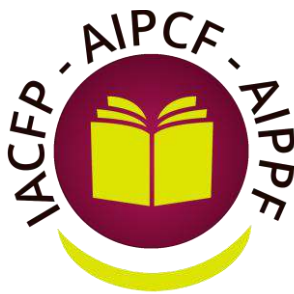


estructuración de la psiquis de sus hijos: hiperprotección, excitación, confrontación precoz con el odio y los celos, educación severa. El conflicto entre la severidad y la represión de la vida sexual excitada a tal edad «contiene todo lo necesario para provocar la enfermedad nerviosa que dura toda la vida», y además «la neurosis sabe hacer fracasar el proyecto civilizador y así promueve justamente el trabajo de las fuerzas mentales reprimidas, enemigas de la civilización».

En este texto, como en aquellos que desarrollan sus premisas, Freud pone el acento en el marco social y cultural de la enfermedad neurótica. Pero en ese momento, ni su aparato teórico ni su clínica lo llevan a encarar el problema del narcisismo y de las pulsiones de auto-conservación del Yo en la génesis de la enfermedad psíquica. Cuando en 1914 aborda la cuestión crucial de las pulsiones de auto-conservación (*Introducción del narcisismo*) la cuestión está planteada de manera teórica, pero algunos años más tarde, la guerra, la confrontación con las neurosis traumáticas y con el trabajo de la pulsión de muerte lo llevará a retomarla más cerca de la clínica y en una renovación de su teoría. Cuando Freud emprenda su crítica a una sociedad y una moral cuyo rol percibe en la formación y las deformaciones de la vida psíquica, perfeccionará su modelo inicial, apuntará al costo, a los *beneficios* y los *perjuicios* del trabajo de la cultura. Pero no tomará en consideración ninguna otra forma de enfermedad psíquica que no sea la neurosis, aunque él había explorado otras configuraciones, psicóticas y perversas.

Desde hace mucho tiempo, la clínica psicoanalítica nos convenció de que la neurosis no es el único modelo que puede dar cuenta de las enfermedades del alma. Y si retomamos la cuestión freudiana inicial, debemos preguntarnos cómo el malestar en la cultura de nuestro tiempo hace emerger otras configuraciones psicopatológicas. Pero debemos plantear el asunto de otra manera, porque la misma práctica del psicoanálisis se transformó bajo el efecto de los factores socio-culturales y de las formas de sufrimiento psíquico que de ellos dependen. El trabajo psicoanalítico en situación plurisubjetiva, con los grupos, las familias y las parejas, transformó las condiciones de acceso al conocimiento del inconsciente y de sus efectos de subjetividad, porque el tratamiento de algunos trastornos psíquicos requería otros dispositivos de análisis, ya que resultaban inaccesibles por medio de la cura individual y sus sucesivas modificaciones.

Debemos entonces considerar una hipótesis más radical y aceptar que nuestra concepción endógena de la psiquis, tal como la sostiene la serie *neurosis – sueño – síntoma – dispositivo de la cura*, desconoce ampliamente las condiciones a la vez culturales e intersubjetivas de la vida psíquica. Las investigaciones sobre la transmisión intergeneracional de los trastornos psíquicos puso en cuestión la concepción de una psiquis sometida únicamente a los conflictos intrapsíquicos. La confrontación de los psicoanalistas con los traumatismos y los duelos colectivos que quedaron sin elaboración revelaron la importancia de las funciones simbolizantes



extra-subjetivas. Esto alteró totalmente nuestra misma concepción de la psiquis, de su génesis, de sus límites y de su funcionamiento. La relación entre malestar del mundo moderno y trastornos psíquicos no es solo un interrogante para el psicoanálisis, es también un cuestionamiento del psicoanálisis².

Nuevas perspectivas: la crisis de los garantes metapsíquicos

El enfoque psicoanalítico de los grupos puede clarificarnos sobre algunas formas de caos identitarios, de faltas de simbolización y de fallas en la subjetivación, principales características de los trastornos de la vida psíquica en nuestras sociedades posmodernas.

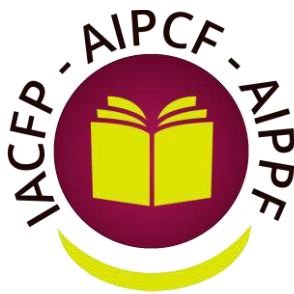
El trabajo psicoanalítico en situación de grupo muestra en efecto cómo lo que denomino garantes *metapsíquicos* de la vida psíquica forman el marco y el trasfondo de ésta. Quiero decir con esto las prohibiciones fundamentales y las leyes estructurantes, las marcas identificatorias y las representaciones imaginarias y simbólicas, las alianzas, los pactos y los contratos que aseguran a la vez los principios organizadores del psiquismo y de las condiciones intersubjetivas sobre las que se apoya.

El trabajo psicoanalítico en situación de grupo abre un acceso directo al conocimiento de esos garantes y al tratamiento de sus disfunciones o de su caída.

Al abordar estas cuestiones, se plantea una problemática familiar para los historiadores: ¿en qué medida estamos atentos a procesos y configuraciones nuevas porque nuestras herramientas se transformaron, o podemos admitir, sin ninguna otra precaución, que esos cambios pueden ser considerados objetivamente?

Sin embargo, para tomar en consideración toda la complejidad del proceso de desorganización, debemos también estar atentos a una dimensión más amplia de las transformaciones que estamos enfrentando. Las transformaciones que alteran totalmente las sociedades modernas y post- modernas no sólo afectan el entorno psíquico, es decir los garantes metapsíquicos sobre los cuales se apunala y se estructura la psiquis de cada sujeto, y, con ellos, la naturaleza del sufrimiento psíquico de nuestro tiempo. Esas transformaciones conciernen también las grandes estructuras que enmarcan y regulan las formaciones y el proceso social: mitos e ideologías, creencias y religión, ritos e instituciones, autoridad y jerarquía. Las caídas, las desorganizaciones y las recomposiciones de esos garantes *metasociales* de la vida social afectan los garantes metapsíquicos, y constituyen el malestar del

² Al abordar estas cuestiones, se plantea una problemática familiar para los historiadores: ¿en qué medida estamos atentos a procesos y configuraciones nuevas porque nuestras herramientas se transformaron, o podemos admitir, sin ninguna otra precaución, que esos cambios pueden ser considerados objetivamente?



mundo moderno.

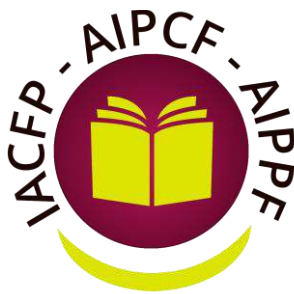
La caída de los garantes metasociales de la vida social

En las sociedades posmodernas, el lazo social está en crisis: al mismo tiempo el lazo de los individuos con los distintos componentes de la vida social y cultural, y el lazo entre los individuos. Digo individuos y no sujetos, porque lo que efectivamente está en dificultades es el proceso de subjetivación. La noción de sociedad de los individuos es seguramente una emergencia histórica del sujeto singular en nuestra sociedad de masa, pero señala al mismo tiempo la ilusión individualista, el riesgo de su reducción a un átomo social desprovisto de vínculos, a un individuo que se definiría por una función unívoca y parcial de consumidor o de productor.

Este surgimiento contradictorio de un nuevo espacio de libertad y de la reducción del sujeto a un individuo parcial no es sin consecuencias sobre la estructuración de la vida psíquica y particularmente sobre la actividad simbolizante cuando se asocia a la crisis del lazo social. Denomino actividad simbolizante al proceso que trabaja en el descubrimiento del sentido en la complejidad. Esta actividad es esencial si se admite que permite elaborar la heterogeneidad y la brecha entre la experiencia del mundo interno y la del mundo circundante. El concepto de garantes metasociales fue creado por A. Touraine en 1965 para designar las grandes estructuras que enmarcan y regulan la vida social y cultural. Su función es la de garantizar una estabilidad suficiente de las formaciones sociales y de esa manera dotarlas de una legitimidad incuestionable.

Para ofrecer un ejemplo, en Francia bajo el Antiguo Régimen, la figura del Rey encarnaba y unificaba el conjunto de esos garantes metasociales. Bajo el efecto de la Revolución francesa, esos garantes se segmentaron en varios elementos: el nacionalismo, el capitalismo, las revoluciones sociales, los Ideales democráticos y liberales del siglo XIX contribuyeron a estructurar los grandes macizos ideológicos del siglo XX.

Cuando esos garantes sociales cayeron a su vez, o cuando se transformaron bajo el efecto de la industrialización, de la urbanización y de los movimientos migratorios inducidos por esas mutaciones, las sociedades postindustriales se vieron enfrentadas a nuevas inestabilidades. Las grandes ideologías y las religiones del progreso ya no enmarcaron las certezas, los sistemas de representación, los valores y las marcas de la acción colectiva: en esas condiciones las leyes y las prohibiciones que regulan las relaciones sociales e interpersonales se volvieron laxos, contradictorios, paradójales e inoperantes. Fueron descalificados. La psicopatología moderna y los hospitales psiquiátricos nacen de esta crisis de los garantes metasociales. Pero también el psicoanálisis.



Las sociedades posmodernas terminaron esta fragmentación generadora de incertidumbre en las marcas de pertenencia, en las marcas simbólicas, en la función y la confiabilidad de las instituciones, en los sistemas metainterpretativos. Esas marcas y esos sistemas ya son múltiples, más o menos mestizados, abierta o sordamente conflictivos. No son necesaria y automáticamente los signos de una sociedad en las que se asuman las diferencias.

Con la caída de los garantes metasociales, vivimos la crítica transformación de las grandes matrices de simbolización que son la cultura, la creación artística, las marcas de sentido, en pocas palabras, todo lo que es conquistado por las sublimaciones y por lo que Freud denominó en 1929 el trabajo de civilización (*die Kulturarbeit*).

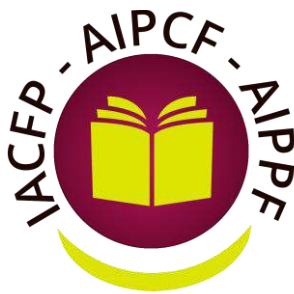
Un elemento decisivo de la modernidad fue el derrumbe de las creencias y de los “grandes relatos” (M. Serres) que ofrecían las marcas identificatorias necesarias para las estabildades sociales y psíquicas. Numerosas expresiones mentales de la postmodernidad producen también significaciones paradójales, en el seno de las cuales coexisten los contrarios o que reivindican la ausencia de marcas privilegiadas. Estas profundas alteraciones ponen gravemente en cuestión la identidad de los grupos y de las colectividades, pero también los procesos de la socialización de los individuos. Al mismo tiempo causas y efectos, la violencia social e individual, la exclusión, las conductas desviadas y la marginalidad son las expresiones manifiestas de la crisis de los garantes metasociales y, por ende, requieren proyectos suficientemente compartibles para constituir el vector de una dinámica social creadora de nuevos procesos de socialización.

Nuevas conjunciones históricas redefinen entonces el “malestar en la civilización”, y correlativamente, la estructuración y los trastornos de la vida psíquica. Esta se ve amenazada por la inestabilidad de sus zócalos, por las fracturas de los receptáculos, habitualmente silenciosos, que enmarcan y sostienen los procesos de su desarrollo.

Los garantes metapsíquicos de la estructuración del psiquismo

Aunque una parte de la realidad psíquica inconsciente escapa a cualquier determinación social o intersubjetiva, la vida psíquica no puede desarrollarse más que sobre la base de la exigencia de trabajo psíquico que impone a la psiquis su inscripción en los vínculos intersubjetivos primarios y en los lazos sociales.

Vuelvo a mi definición de los *garantes metapsíquicos*. Denominé así las formaciones y los procesos del medio psíquico circundante sobre los que se apunala y se estructura la psiquis de cada sujeto. Consisten esencialmente en las prohibiciones fundamentales y en las leyes estructurantes, las marcas identificatorias y las representaciones imaginarias y simbólicas, las alianzas, los pactos y los



contratos que aseguran a la vez los principios organizadores del psiquismo y de las condiciones intersubjetivas sobre las que se apoya. Esos garantes forman el marco y el trasfondo implícitos de nuestra vida psíquica.

Estas ideas surgieron de los datos clínicos que nos trae la clínica del trabajo psicoanalítico en nuevos dispositivos de tratamiento de los trastornos psíquicos. El trabajo grupal, en particular, puso en evidencia cómo la vida psíquica “individual” se halla enmarcada por los garantes metapsíquicos de la vida psíquica. Lo es tanto más cuanto el grupo es a la vez un lugar privilegiado de emergencia de lo arcaico pero también el lugar de la simbolización del asesinato y del trabajo de la cultura.

En los límites de esta conferencia, me centraré en algunas alianzas, pactos y contratos que ejercen esta función *méta* para cada psiquis singular y para todos los sujetos de un conjunto (examinaré esas alianzas de manera más profunda en la conferencia del viernes).

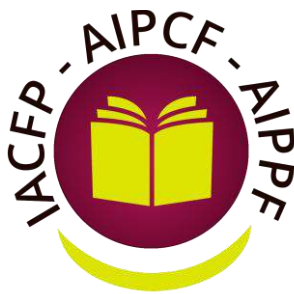
Las alianzas intersubjetivas como organizadores (metapsíquicos) de la estructuración del psiquismo.

Para vincularnos debemos entrar en el régimen de las alianzas, y esto por dos motivos principales: para formar parte de la comunidad y para asegurar nuestros sistemas de defensa a un nivel meta-individual.

Denominé alianza inconsciente una formación psíquica intersubjetiva construida por los sujetos de un vínculo para reforzar en cada uno de ellos algunos procesos, algunas funciones, o algunas estructuras surgidas de la represión, de la renegación o de la desmentida. Cada uno obtiene de la alianza un beneficio tal que el vínculo que los une asume para su vida psíquica un valor decisivo. El conjunto así ligado (el grupo, la familia, la pareja) toma su realidad psíquica de las alianzas, de los contratos y de los pactos que sus sujetos establecen y que su lugar en el conjunto los obliga a mantener. La idea de alianza inconsciente implica las de una obligación y de una sujeción.

Las alianzas inconscientes se inscriben así de manera fundamental en la formación psíquica del vínculo intersubjetivo: el concepto de la intersubjetividad puede encontrar allí su materia y la realidad psíquica del vínculo su consistencia. Las alianzas inconscientes producen sus efectos más allá de los sujetos, de las circunstancias y del momento que las volvieron necesarias y que las formaron: son el agente y la materia de la transmisión de la vida psíquica entre generaciones y entre contemporáneos. Las alianzas inconscientes construyen una parte del inconsciente de cada sujeto: cada uno de nosotros es sujeto del inconsciente bajo el efecto de tales alianzas.

Entre estas alianzas, algunas son estructurantes: el contrato de renuncia a la



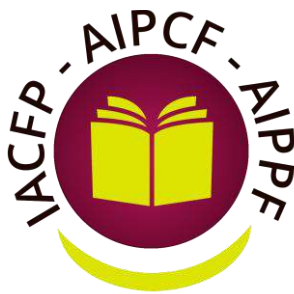
realización directa de los fines pulsionales, el contrato con la función paternal, el contrato narcisista, contienen los principios organizadores del psiquismo. Esas alianzas suponen las prohibiciones fundamentales, están al servicio del “proyecto civilizador”, según la expresión de Freud. Pertenecen a la segunda categoría las alianzas defensivas, en particular el pacto denegativo (Kaës 1989a) y sus desvíos alienantes y patológicos, entre los cuales la comunidad de renegación y el contrato perverso. Una tercera categoría de alianzas está formada por las alianzas ofensivas, que sellan el acuerdo de un grupo para llevar adelante un ataque, una hazaña o ejercer una supremacía.

Ya sean estructurantes, ofensivas o defensivas o que deriven en trabas alienantes y psicopatológicas, las alianzas inconscientes son el cemento de la materia psíquica que nos liga los unos a los otros, el espacio psíquico común y compartido por los miembros de una familia, de una pareja, de un grupo o de una institución. Preexisten al recién nacido y se anudan o se reanudan con todos los contemporáneos. Las alianzas inconscientes son organizaciones *metapsíquicas*: contribuyen a la estructuración de la psiquis en su organización narcisista y objetal, en sus modalidades de realización del deseo, en sus formaciones defensivas o alienantes. Son sensibles a las estructuras profundas de la vida social y cultural. Se puede detectar las funciones metapsíquicas de esas alianzas fundamentalmente cuando están en crisis o cuando se quiebran.

El pacto de renuncia a la realización directa de los fines pulsionales

En el *Malestar en la Cultura*, Freud sostuvo la idea de que la renuncia a la satisfacción pulsional (narcisística y objetal) directa es la condición del pacto del que se benefician los miembros de una comunidad. De esta proposición, retengamos lo siguiente: el pacto de renuncia a la realización directa de los fines pulsionales funda la comunidad de derecho que nos protege contra la violencia, impone el trabajo de cultura y hace posible el amor. Renuncia pulsional y advenimiento de la comunidad de derecho tienen así una función y una significación a la vez en el espacio psíquico del sujeto singular y en el espacio psíquico de los agrupamientos sociales e institucionales. Freud nos describe simultáneamente la base psíquica de la fundación jurídica de la institución y de la afiliación legítima de sus sujetos a un conjunto social.

El pacto de renuncia a la realización directa de los fines pulsionales instaaura la no-inmediatez: el desvío impuesto es la obra de la autoridad que emana de la renuncia, y la obra de la autoridad es hacer advenir el pensamiento en lugar del cuerpo a cuerpo. El trabajo de la cultura y sus adquisiciones son una conquista sobre las pulsiones mortíferas y sobre el narcisismo. Cada vez que el narcisismo se ve gravemente amenazado, peligran estas conquistas.

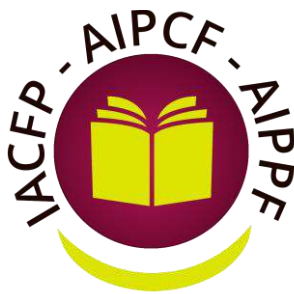


El contrato narcisista

El concepto de contrato narcisista propuesto por P. Aulagnier (1975) describe las apuestas psíquicas contenidas en otra formación metapsíquica fundamental. La modernidad descubrió la herencia y la dimensión psíquica de la transmisión del legado en el momento en que estas categorías estaban en crisis. La modernidad descubrió el vínculo que construye el sujeto en su sujeción al orden de las generaciones, nos permitió darnos cuenta de lo que éste hereda sin que siempre pueda volverse sujeto de esta herencia. Podemos fechar estos descubrimientos en el periodo de las Luces, pero se acentuó en Europa a lo largo de todo el siglo XIX y se desplegó en el siglo XX. Esas transformaciones “laicizaron” la concepción de la locura, y en segundo plano, la del hombre: la locura puede transmitirse, de la misma manera que las bases fundadoras de la psiquis se hallan bajo el efecto de las determinaciones trans e intergeneracionales. Aquí también, es en el momento en que el sufrimiento narcisista se abría sobre el fracaso de las civilizaciones, cuando surgieron las categorías y los conceptos por medio de los cuales fue posible pensarlos. Actualmente podemos comenzar a comprender cómo se efectúa - o no se efectúa - la transmisión de lo inelaborado entre las generaciones, de los objetos enigmáticos, de los silencios, de la depresión y de las denegaciones colectivas. Comenzamos a comprender cómo se anudan las relaciones del sujeto, de la familia, del grupo y de las sociedades.

Para P. Castoriadis-Aulagnier, el contrato narcisista designa lo que se halla en el fundamento de toda relación posible sujeto-sociedad, individuo- conjunto, discurso singular-marca cultural. Cada recién nacido llega al mundo como portador de la misión de tener que asegurar la continuidad de la generación, según un modo particular que le es asignado de acuerdo con los términos de un *contrato* determinado por la economía narcisista. Este contrato asigna a cada sujeto un cierto lugar en el grupo, un lugar que le es significado por el conjunto de las voces que, antes que él, tuvieron un cierto discurso conforme al mito fundador del grupo. Este discurso incluye los ideales y los valores; transmite la cultura y la palabra de certeza del conjunto social. Cada sujeto debe, en cierto modo, hacerse cargo de este discurso. Es por este discurso que el sujeto está ligado al ancestro fundador. Para asegurar su propia continuidad, el conjunto debe a su vez invertir narcisísticamente este elemento nuevo.

El concepto de contrato narcisista da cuenta del hecho de que la investidura narcisista que, en cada individuo, hace posible la realización de su propio fin, sólo puede ser realmente sostenida en la medida en que la cadena invierte narcisísticamente a ese sujeto como portador de una continuidad del Conjunto. Es así como los padres hacen del hijo, al principio, el portador de la realización de sus deseos no satisfechos, y que lo reaseguran así en su narcisismo, de la misma manera como es a través de ellos que el deseo de las generaciones anteriores sostuvo, en



forma positiva o negativa, su llegada al mundo y su anclaje narcisista.

Este contrato se halla dotado de otra función capital: la de mantener una temporalidad de proyecto y de futuro para el grupo y para los sujetos que son a la vez sus eslabones, sus servidores, sus beneficiarios y sus herederos. Esta dimensión de la temporalidad del devenir es un importante escollo del malestar del mundo moderno.

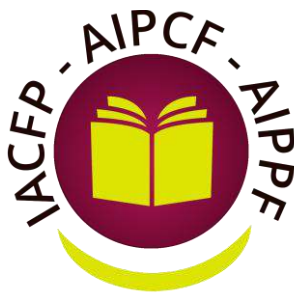
La constancia del contrato narcisista a través de la historia de la humanidad es indudable, la especie no habría podido perpetuarse sin una tal institución psico-cultural. Pero su intensidad, sus formas y sus apuestas, son tributarias de los garantes metasociales.

Se abren entonces una serie de cuestiones. Si el contrato narcisista supone un proyecto imperativo de transmisión de valores y de ideales estructurantes, debemos preguntarnos qué apremios y qué condiciones de posibilidad encuentra en el campo social y cultural. La cuestión reviste varias dimensiones, desde las expresiones demográficas del deseo de tener un niño (descenso de la fecundidad) hasta las expresiones sociales de la investidura del niño como portador de un futuro en el conjunto, y ante todo para los padres. En este trayecto de contingencias, hay que mencionar también la desagregación de los ideales compartidos, de los mitos de origen y significantes (los “grandes relatos”), de las figuras identificatorias mayores, de la autoestima que un grupo (una sociedad) atribuye a sus propios valores, de la suficiente adhesión a los saberes y a los valores transmitidos. La crisis en la transmisión de los modelos identificatorios se expresa en un *hiato* entre lo que se desea transmitir y lo que se duda o se teme transmitir: ya no se sabe lo que hay que transmitir, ya no hay palabra de certeza.

El contrato narcisista no responde solamente a las exigencias de la auto-conservación del Yo y del conjunto. La situación intersubjetiva del sujeto impone a la psiquis exigencias de trabajo psíquico que marcan la economía narcisista entre las generaciones, y ante todo entre los padres y los hijos.

Esta exigencia de trabajo conoce una amplificación y un cambio de escala en el pasaje a la adolescencia. Entre la exigencia de “ser para sí mismo su propio fin”, la de adecuarse a los mitos fundadores y ocupar el lugar prescripto, y las exigencias contradictorias de la modernidad, la cultura adolescente se ve proyectada frente a la herencia. El adagio goethiano retomado por Freud parece sin efecto: “lo que heredaste de tus Padres, para poseerlo, gánalo”. Hace fallar la triple función del contrato narcisista: asegurar un origen, establecer una continuidad, asegurar al niño, en contraparte de su investidura del grupo, “el derecho de ocupar un lugar independiente del único veredicto parental”.

Las fallas y las rupturas de este contrato suscitan experiencias dolorosas de traición, de falta de herederos y de ser desheredados. Puede ser interesante pensar el problema



del exilio, del nomadismo, de la errancia y de los desplazamientos como el síntoma de una dislocación del contrato narcisista. Dislocación entendida como esa pérdida de lugar psíquico, el de la localización cultural de la que hablaba Winnicott en 1967: veía en ella una extensión de la noción de fenómeno, de objeto y de espacio transicionales: “Al utilizar la palabra cultura, pienso en la tradición que heredamos. Pienso en algo que es el lote común de la humanidad al que individuos y grupos pueden contribuir, y del que cada uno de nosotros podrá obtener algo, si tenemos un lugar para poner lo que encontramos”. Pienso que es posible caracterizar el malestar del mundo moderno por la dificultad de constituir ese *“lugar donde poner lo que encontramos”*.

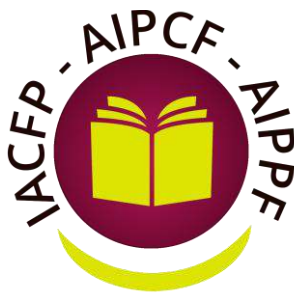
La cuestión es precisamente encontrar esos lugares y crearlos, para que se reanuden los términos estructurantes del contrato narcisista. Encontrar- crear esos lugares es tanto más difícil cuanto el mundo moderno destruye los espacios de proximidad y de intimidad de diversas maneras. La errancia psíquica y social, las formas de nomadismo y de desterritorialización que engendra en las personas “sin domicilio fijo”, van a la par con la externalización de la intimidad psíquica vuelta “anónima” en los espectáculos de la tele- realidad. El contrato narcisista no se concluye sobre bases estructurantes cuando el narcisismo se halla hasta ese punto destruido, estallado o fetichizado en el imaginario antropófago.

Clínica de las situaciones extremas

Quisiera detenerme un momento en las situaciones de extrema precariedad psíquica y social en la que viven los sinteco, los errantes, algunos refugiados y solicitantes de asilo. Esas personas se hallan excluidas de su cultura de origen como lo son de la nuestra. El proceso de desnarcisización que se desarrolla en esas condiciones es sin duda un factor de sobre-exposición de esas personas a las enfermedades, a la violencia y a la muerte.

Este proceso debe ser comprendido como uno de los mecanismos de defensa contra el dolor psíquico cuando la crisis aguda, el caos y el desamparo requieren del Yo que no perciba, que no sienta, que no rememore, que no piense. Otros mecanismos de defensa vitales son también utilizados, entre los cuales la apatía, la destrucción, el borramiento o rechazo de los significantes, exportados fuera de la psiquis o, como mínimo, mantenidos en la psiquis, pero fuera de tiempo, fuera de relato, con el riesgo de volverse tóxicos porque no habrán sido digeridos.

Sucede que las medidas tomadas en esas condiciones para volver a tejer los lazos intrapsíquicos e intersubjetivos, para restablecer un dispositivo de apuntalamiento de la vida pulsional y de los procesos de pensamiento sobre un medio circundante continente y reestructurante, encuentran considerables obstáculos. Fueron señalados por numerosos observadores: el rechazo hostil de una escucha, el mantenimiento de



la ruptura del vínculo, la reivindicación de una soledad radical. Todas estas medidas aparentemente paradójales intentan tratar el dolor extremo con la destrucción de la vida psíquica y el rechazo del vínculo.

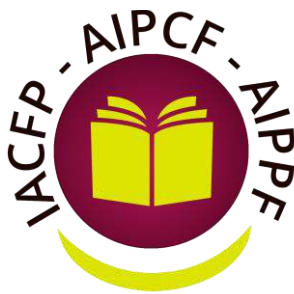
Los trabajos de los clínicos mostraron que partes de la psiquis son desplazadas masivamente en el espacio exterior mientras que otras permanecen en el espacio interno, pero a costa de ciertas mutilaciones psíquicas y de la exclusión del sujeto fuera de su psiquis. El retorno a zonas de indiferenciación yo/no-yo y el fracaso del espacio transicional desarrollan patologías que evolucionan hacia una destrucción de la vida psíquica, social y somática.

Frente a este callejón sin salida, es urgente prestar una atención sostenida a los dispositivos de recepción de los que solicitan asilo, cuando intentan reconstruir apuntalamientos y contenedores de pensamiento, cuando intentan restablecer los contratos intersubjetivos de base: por ejemplo, creando espacios de encuentro temporariamente protegidos de las únicas relaciones de fuerza, o también poniendo en marcha dispositivos de mediación.

Tales dispositivos muestran como, en los sujetos errantes y carentes de herencia, el proceso de psiquización puede reconstituirse a partir de tres fuentes (corporal, grupal y cultural) del apuntalamiento. Para que este proceso se ponga en marcha, es importante tener en cuenta que el traumatismo incorporado, enquistado en la psiquis y en el cuerpo, debe poder, en algún momento, desplegarse, descondensarse y reconstituir el pensamiento doloroso de lo que fue fuera de tiempo, fuera de representación, desafectado, fuera de memoria.

La crisis aguda, el caos, la catástrofe requieren entonces, para ser pensados, una pluralidad de voces que atestiguan, que escuchan y que dotan, a cada historia singular, de posibilidad de sentido. La pluralidad de versiones, de relatos, de narraciones, solicita y sostiene identificaciones plurales, capaces de contener fragmentos de experiencia y de ligarlos. El proceso mayor consiste en reconstituir las condiciones de un reapuntalamiento del Yo, reconstruir elementos de historia restableciendo la polisemia de los relatos cruzados.

Es a partir de estas consideraciones como hay que examinar el concepto de contrato narcisista, en relación con un cierto estado de la cultura y funciones metasociales más o menos vacilantes. Se puede evaluar aquí en qué medida las garantías metapsíquicas están encajados con los garantías metasociales. La transmisión del contrato narcisista implica hoy todos los problemas que determinan nuestro futuro: mundialización y universalidad, pluralismo de los sistemas de pensamiento, diferenciación de lo íntimo y lo público, diversidad cultural, biotecnología, etc.



El malestar del mundo moderno y algunos trastornos de la vida psíquica

Para precisar mis ideas, quisiera evocar algunas formas de caos identitarios y de fallas de simbolización características de nuestras sociedades posmodernas. Describiré cuatro modalidades.

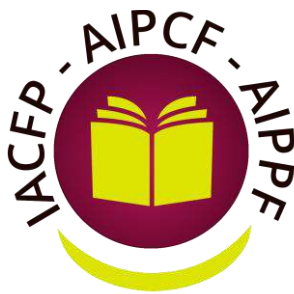
La cultura del control: apunta a la perfecta integración de todos los elementos de la sociedad, de manera tal que todo lo que llegara a escaparse al control pueda ser detectado y regulado. Este tipo de cultura produce una violencia regulada cuando funciona y una violencia descontrolada cuando se disgrega. Este tipo de cultura estaba fracasando mucho antes del 11 de septiembre 2001 y después del 11 de marzo 2004, que fueron sus manifestaciones aterradoras. Uno de los efectos de la violencia social descontrolada es *la cultura de la anomia*: ninguna ley puede ser impuesta a nadie, ya que todas se volvieron arbitrarias o equivalentes, es decir indiferenciadoras.

La cultura de lo ilimitado y de los límites extremos: caracteriza la afinidad de nuestra cultura con lo traumático y con la experiencia catastrófica. Es a la vez una cultura del peligro, pero también de la hazaña trascendente. Sobresalir, “desfondar” (en el trabajo, el logro o la droga, pero también en las formaciones del narcisismo de muerte) es un valor negativo cuyo zócalo común es la heroización de la muerte. Tiene como fundamento el rechazo de la castración simbólica y el triunfo del goce sin límites al servicio de un Ideal fetichizado.

La cultura de la urgencia. Vivimos en la urgencia porque el horizonte temporal se achicó debido a los otros tres componentes de la cultura contemporánea: el hipercontrol, la indiferenciación y la fascinación por lo extremo. La cultura de la urgencia y de la inmediatez interroga el status de la temporalidad en el malestar de la cultura posmoderna. En la post-modernidad, la relación con el tiempo privilegia el encuentro sincrónico, aquí ahora: el tiempo corto prevalece sobre el tiempo largo, como el *zapping* y el nomadismo sobre la continuidad. El vínculo se mantiene en lo actual, escapa a la historia porque la certeza de que el futuro es indecible es la única certeza.

Esta cultura se manifiesta en las relaciones que mantenemos con el sentido, las certezas y los proyectos. Con el sentido y la significación. El malestar del mundo moderno es a la vez el exceso de signos, de significación y la falta de sentido.

C. Castoriadis destacó este aumento de la insignificancia. Asociadas a esta característica, las ideas postmodernas, en parte surgidas del psicoanálisis, de la crítica del humanismo y del deconstructivismo, sitúan al hombre en una relación de radical incertidumbre en relación con las creencias, a las representaciones y a las marcas identificatorias. En cuanto a la posibilidad de impulsar proyectos, éstos suponen la inscripción de una acción concertada en un tiempo por venir, y en el



cual está incluido un riesgo y una incertidumbre. Un proyecto sólo puede imaginarse si podemos no rechazar el presente y pensar activamente una relación con el pasado. Muchos de nuestros proyectos no son proyectos, sino escenarios de salida del marasmo, en el imaginario. Esta dificultad para concebir y pensar un proyecto contribuye a la desorganización del pensamiento que suscita la cultura de la urgencia y de la catástrofe.

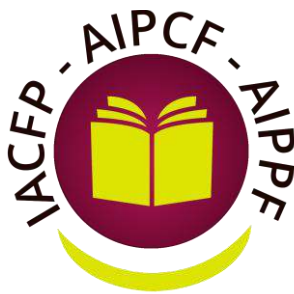
Finalmente, una *cultura de la melancolía* caracteriza el fondo de duelo interminable e inelaborado de las catástrofes del siglo pasado. La post- modernidad acentúa los efectos persecutorios y maníacos de esta pérdida de los garantes metafísicos, metasociales y metapsíquicos. Un duelo planetario: las muertes de Dios y del Hombre, el “fin” de la historia. Contra el “desencanto” melancólico del mundo, la postmodernidad cultiva a la vez el catastrofismo, las promesas maníacas y los sueños de dominio y de control.

Estas cuatro características sombrías de la postmodernidad son efectos de los cambios estructurales que afectaron el campo social y cultural. También modificaron la organización y el funcionamiento intrapsíquico, y nuestra tarea es detectar sus incidencias sobre las formas de subjetividad que generan.

Habrà que poner en marcha un nuevo campo de investigaciones sobre la psicopatología. Este instalaría en el corazón del sufrimiento contemporáneo tres grandes fallas en la estructuración de la vida psíquica, que debemos concebir en su estrecha relación con las fallas de los vínculos intersubjetivos.

1) Las fallas de *la estructuración de los apuntalamientos de la vida psíquica*. Estas fallas se pueden detectar en la falta de dispositivos intersubjetivos de para-excitación y de represión. En lugar de objetos internos estables y confiables, el sujeto desarrolla formaciones clivadas y no- subjetivadas, desfavorables a los procesos de simbolización y de sublimación. Un sufrimiento narcisista intenso se halla en la base de las conductas antisociales que se desarrollan en esas condiciones. Estas fallas afectan las condiciones de formación del inconsciente y del preconscious.

2) Las fallas en los procesos de formación de las *identificaciones* y los *contratos* intersubjetivos. Intenté mostrar que esos contratos funcionan como condiciones y garantes metapsíquicos del espacio en el que “el Yo puede advenir”. Esas formas contractuales son los marcos o los zócalos de la formación de la vida psíquica y de la subjetividad. Rigen la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones. Corresponden a lo que Freud describió como comunidad de renuncia a la realización directa de los fines pulsionales. Corresponden también a lo que P. Aulagnier describió como el contrato narcisista. Su falta o su falla atestiguan el malestar en los vínculos tanto como las dificultades en la constitución de una alteridad interna subjetivada.



La regresión de las formas contractuales del vínculo hacia relaciones de fuerza en provecho de los grupos que detentan el poder de definir las normas sociales y el lugar de cada uno, el orden y los valores dominantes, llevan a los que las sufren, a deterioros sociales y psíquicos radicales que generan el fracaso de la cultura del control, la cultura de lo extremo, la destrucción de los marcos temporales y la anomia. Esta imposición de la violencia está sostenida por las formas neoliberales del economismo. Está sostenida por el trabajo de la muerte en el proceso de la cultura.

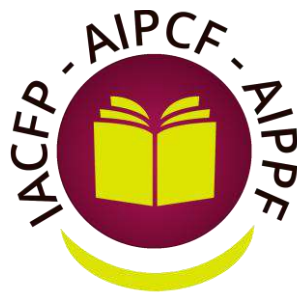
3) Las fallas en los procesos de *transformación y de mediación*.

Se puede verificar, en relación a las situaciones extremas que lo que es más frágil en toda organización viviente, y no solamente psíquica, son las formaciones intermediarias y los procesos de articulación. Son las condiciones de posibilidad del trabajo psíquico de simbolización y de formación de la alteridad, pero también la capacidad de amar, de trabajar, de jugar y de soñar. Son las formaciones y los procesos más amenazados por las crisis de los garantes metapsíquicos que generalmente sostienen la actividad de simbolización, el proceso de la subjetivación y la construcción del sentido en el vínculo intersubjetivo. Se trata principalmente de las alianzas estructurantes que incluyen los cuidados necesarios para la vida, el contrato narcisista y las prohibiciones fundamentales sobre los que descansan la seguridad y la identidad. La consecuencia mayor de su falla es el derrumbe y la puesta fuera de circuito del Preconciente, es decir el derrumbe de la capacidad de pensar por derrumbe de las representaciones verbales sobre el borramiento o la renegación de las experiencias perceptivas y sensoriales. El trabajo del Preconciente se halla siempre estrechamente asociado a la actividad de simbolización y a la construcción del sentido en el vínculo intersubjetivo.

En su obra sobre el Yo-piel, D. Anzieu resumió los puntos comunes a todos estos sufrimientos de los límites: «incertidumbres sobre las fronteras entre el Yo psíquico, el Yo realidad y el Yo ideal, entre lo que depende de Sí y lo que depende del otro, bruscas fluctuaciones de esas fronteras, acompañadas de caídas en la depresión (...), indistinción pulsional que hace sentir la subida de una pulsión como violencia y no como deseo, vulnerabilidad a la herida narcisista debido a la debilidad o a las fallas de la envoltura psíquica, sensación difusa de malestar, sentimiento de no habitar su propia vida, de ver funcionar su cuerpo y su pensamiento desde afuera, de ser espectador de algo que no es la existencia propia» (1985, p.29).

Conclusión

He organizado la presentación de esta conferencia alrededor del encastre de una doble transformación crítica que altera profundamente el marco del proceso social y



del proceso psíquico. Propuse situar en un nivel *meta* el análisis del malestar del mundo moderno en sus relaciones con el sufrimiento psíquico de nuestro tiempo. Es en ese nivel donde puede aparecer la complejidad del problema, pero también los principios eficaces para su tratamiento.

El trabajo psicoanalítico en situación de grupo muestra que la vida psíquica no puede desarrollarse más que sobre la base de la exigencia de trabajo psíquico que impone a la psiquis su inscripción en los vínculos intersubjetivos primarios y en los lazos sociales, y que esta inscripción se efectúa a través de un conjunto de contratos, de pactos y de alianzas, de naturaleza y objetivos diversos. La falta, la falla o la desorganización de esos contratos, pactos y alianzas ponen en crisis los garantes metapsíquicos. Afecta las organizaciones psíquicas más sensibles a los efectos de la intersubjetividad: las prohibiciones fundamentales implicadas en la formación de las identificaciones y de los procesos de simbolización, en el acceso a la palabra y al pensamiento, en la transmisión de los saberes y de los ideales, en la constitución de una alteridad interna y externa. Pero afecta ante todo la formación de vínculos intersubjetivos suficientemente estructurados y estables, condición necesaria para la construcción de lo que P. Castoriadis Aulagnier llama “el espacio en que el Yo puede advenir”.